



Leo Mazliah, un ácido cantautor uruguayo que está produciendo un curioso fenómeno en Buenos Aires

“LA CRITICA CON HUMOR ENTRA”

Es uruguayo y compone una música difícil de definir que lo emparenta con Nacha Guevara, Jorge Schussheim y Jorge de la Vega. Leo Mazliah tiene veintiocho años y es conocido en la tranquila ciudad de Montevideo como uno de los músicos más representativos del Canto Popular Uruguayo.

Aunque prefiera definirse como compositor de música culta, la mayoría de sus seguidores lo admira por sus letras corrosivas, ácidas, cargadas de un fuerte humor negro y notable lucidez.

Es uno de los diez músicos que, en setiembre del año pasado, congregaron a la multitud que llenó el estadio Obras Sanitarias con motivo del Primer Festival del Canto Popular Uruguayo realizado en la Argentina. Después volvió a Buenos Aires en diciembre, marzo, junio y julio; es que “saltar el charco”, como dice él, se le está volviendo costumbre.

—Es difícil definir la música que hacés. Por momentos me hace acordar a Nacha Guevara.

—Yo conocí muy tarde lo de ella. Escuché algunas cosas por intermedio de amigos que me las mostraron diciéndome que tenían que ver con lo que hacía yo. Quien más me influyó fue Oliver Messiaen, un francés que murió el año pasado. Pero uno nunca es consciente de todas las influencias.

—¿Cuál es tu formación musical?

—Estudié composición y una cantidad de cosas desde los siete años. Soy profesor de piano y compositor de música culta. Toco en conciertos donde participa mucha gente, allá, en Uruguay, con composiciones propias o interpretando a otros. También hago música electroacústica. Son obras que se hacen en una cinta magnética dando ciertos sonidos o efectos. En el '81 pasaron una obra mía en el Festival Anual de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea, en Bélgica.

—¿Cómo fuiste evolucionando para

llegar a hacer estas canciones tan simples por las cuales se te conoce?

—No te creas que son tan simples. Lo que pasa es que en las canciones busco un lenguaje muy directo. Es una clase de música compuesta con un criterio de música popular, ¿entendés? Son mecanismos completamente distintos.

—De acuerdo. ¿Pero por qué te inclinaste a hacer este tipo de música?

—Digamos que las canciones son el resultado de una primera etapa compositiva que tuve en mi adolescencia. Cuando tenía diecisiete años trabajaba de pianista en una coctelería. Trataba de hacer una música que tuviera la posibilidad de integrar un concierto, pero que también manejara elementos o un lenguaje relacionados con la música popular. Al final abandoné esa idea y empecé a trabajar en los dos campos independientemente.

—¿Te dedicás exclusivamente a la música?

—No, no. Vivo de hacer llaves. Soy cerrajero.

—¿Cuántas horas por día les dedicás a las llaves y cuántas a la música?

—Es muy difícil determinar cuántas horas. Porque a la música le podés dedicar tiempo en cualquier lado. Podés estar viajando, caminando por la calle y estás haciendo música.

—Hablemos del humor. ¿Tus canciones, tan directas, tan irreverentes, no están un poco restringidas al ámbito del café-concert o de los auditorios poco numerosos?

—Eso es interesante. Esta concepción debe de ser un rasgo medio característico de acá. En Montevideo actúo en recitales adonde van miles de personas. Pero allá prácticamente no hay gente que haga trabajos humorísticos. A mí me fueron metiendo dentro de los recitales de música que hacía otra gente, aunque no tuviera nada que ver mi música con la de ellos. La gente se fue acostumbrando a que yo apareciera y hoy obtengo el mismo clima, la misma

intimidad, ahí, que en lugares chicos. La risa de la gente me permite ver que la reacción es buena.

—¿Y qué diferencias encontrás entre el humor del Uruguay y el de la Argentina?

—El público que me tocó acá es un poco más rápido en entender las cosas. Un poco más sutil. Claro, eso es porque tiene una experiencia auditiva del humor mucho mayor.

—¿Es la experiencia auditiva o la viveza del porteño?

—No, son todos esos antecedentes que tienen ustedes. Nacha Guevara, Jorge Schussheim, Les Luthiers... Hay un tal Jorge de la Vega que todo el mundo me nombra, pero que yo nunca escuché. ¿Se consiguen sus canciones en las disquerías?

—De la Vega era pintor, murió hace unos años, y es difícil conseguir sus discos. ¿Te gusta Les Luthiers?

—Los dos primeros discos me gustaron mucho. Pero lo que vino después no tanto. Lo último que pude escuchar de ellos, porque no tengo todos sus discos, fue la “cantata Laxatón” y “Teresa y el oso”. Instrumentalmente estaban muy bien hechos, pero en otras cosas eran un poco reiterativos. Pero yo no estoy en el mismo terreno que ellos; lo mío no apunta al humor.

—¿A qué apunta?

—A lo reflexivo, a la transmisión de un mensaje. Hacer reír, para mí, es una forma de librar de tensiones mentales al público para que pueda entender algunas cosas. Cuando en mi canción “La moto” cuento que el personaje, después de haberse comprado una moto, huber asustado a la gente por la calle, etcétera, etcétera, se mata y le pide a San Pedro que se la deje llevar al Paraíso porque allí va a poder andar sin peligro, busco algo más que divertir al que está escuchando. Critico esa mentalidad consumista que le hace pensar a un tipo que una moto es tan esencial como una parte de su cuerpo.

Siempre pienso que la crítica con humor entra.

—¿Por qué es tan terrible tu humor? Tus canciones son muy densas...

—Quizá yo esté un poco resentido por muchas cosas y por eso las canciones me salen fuertes, violentas.

—¿Resentido por hechos de tu vida privada, de tu historia personal?

—No necesariamente por la mía. En la época que estamos viviendo me resulta imposible decir cosas intrascendentes. La realidad es muy pesada, hay cosas que no funcionan.

—¿Qué cosas no funcionan? ¿La situación política del Uruguay?

—Este... (Leo Mazliah se cruza la boca de izquierda a derecha con los dedos índices y pulgar apretados, y dice)... en general, digo, todas las cosas que no funcionan en general... ¿no?

—¿Es cierto que la primera vez que viniste a tocar a Buenos Aires te prestaron una guitarra porque vos no habías traído la tuya?

—Siempre vengo sin guitarra. Siempre me la prestan acá.

—¿No sentís afecto por tu guitarra?

—Bueno... ¿Cómo te puedo decir? (Se pone colorado. Ríe.)

—No tenés guitarra.

—No tengo guitarra, no. Tengo una muy mala que no sirve para tocar en público... ¿Pero por qué te puede llamar la atención ese hecho? ¿Es mal mirado el músico que viene sin su guitarra?

—Mal mirado, no. Resulta curioso. Acá difícilmente se conciba a un músico sin su instrumento.

—En Montevideo es muy común que los músicos se presten los instrumentos entre sí.

—¿Cuándo volvéis a Buenos Aires?

—La primera semana de setiembre... ¿Pero no pretenderás que también traiga el piano, no? □

Alejandro Margullis